

MICHEL FOUCAULT, *La inquietud por la verdad. Traducción de Horacio Pons*, Buenos Aires: Siglo XXI (2013), 266 páginas.

*La inquietud por la verdad, Foucault*

Alba Ramírez Guijarro

Inéditos en español, los textos seleccionados de la obra *Dits et écrits* que recoge este volumen se estructuran en dos bloques, «La sexualidad» (I) y «El sujeto» (II), formados en su mayoría por entrevistas a Foucault que se llevaron a cabo entre 1978 y 1983. También se encuentran en esta edición algunos de los últimos escritos de Foucault, un texto que circuló como artículo en *Le Débat* y la introducción general al volumen II de la *Historia del sexualidad*, además de un artículo sobre la muerte del historiador Philippe Ariés y la conferencia de Foucault en la Universidad de Vermont, realizada dos años antes de su fallecimiento.

En las entrevistas, Foucault comenta sus libros tanto desde la polémica suscitada por algunos de ellos como a partir de la finalidad de los mismos y de su realización dentro de un contexto marxista reducido al debate público y exclusivo de la ciencia y la ideología. Yendo a lo estrictamente filosófico, Foucault presenta el estructuralismo, corriente en la que se le inscribe y en la que él no se incluye, como fruto de la necesidad de plantear de forma diferente la cuestión del sujeto a través de la liberación de Descartes, comenzada ya por la fenomenología. Al comentar sus propias obras, explica que ha escrito dos tipos de libros: los conceptuales, como *Las palabras y las cosas*, que tuvo un gran éxito a pesar de la crítica francesa del momento contra ese tipo de libros; y los sociales, como *Historia de la sexualidad* o *Vigilar y castigar*, cuya interpretación social y política llevó a muchos a creer que sus palabras no conformaban descripciones sino críticas, y de ahí los malentendidos y controversias generados alrededor de sus obras, hasta el punto de que un grupo de psiquiatras franceses, tal y como relata Foucault, quiso excomulgar *Historia de la locura* por ser considerado un libro ideológico. Respecto de sí mismo, Foucault no se consideraba un filósofo, como así dice en su entrevista de 1978 con Duccio Trombadori, sino, tal y como después indicará en 1983, un docente. De este modo, señala, sus escritos no son prescriptivos, son instrumentales y soñadores, y el libro en sí es para el propio autor una acción que lo transforma y cuyo valor se da en el hecho de que el contenido no está predeterminado: «Una experiencia es algo de lo que uno mismo sale transformado. Si tuviera que escribir un libro para comunicar lo que ya pienso antes de escribir, nunca tendría el valor de emprenderlo. Sólo lo escribo porque todavía

no sé exactamente qué pensar de eso que me gustaría tanto pensar [...] Si uno supiera, cuando empieza a escribir un libro, lo que va a decir al final, ¿cree que tendría el valor de escribirlo? Lo que vale para la escritura y para una relación amorosa vale también para la vida. La cosa sólo vale la pena en la medida en que ignoramos cómo terminará» (pp. 33, 231).

Sus estudios de Psicología y Filosofía en la École Normale Supérieure de París sitúan a Foucault entre el existencialismo y la fenomenología, Marx y Freud, el psicoanálisis y la antipsiquiatría (Laing y Cooper), pero lo que más le influyó no fue su formación superior, es decir y tal y como cuenta, la Filosofía como Historia de la Filosofía que estudió en la Universidad, aunque en ella encontrase a los profesores Louis Althusser y Desaniti, y a pesar de que fuesen muy fructíferas sus lecturas de Séneca, Plutarco, Jenofonte y Platón o sus conocimientos sobre Freud o Lacan. Lo que más le influenció fue, tal y como abiertamente confiesa en las entrevistas de este tomo, su relación con los psiquiátricos, su experiencia en Suecia o su puesto de psicólogo en la cárcel, aunque Foucault también nombra y reitera a Bataille, Nietzsche, Blanchot, Barthes y Klossowski para comentar las lecturas que al margen de sus estudios reglados despertaron su interés por lo marginal y le incitaron a una posición vital diferente: «Nietzsche fue una revelación para mí. Tuve la impresión de descubrir a un autor muy diferente del que me habían enseñado. Lo leí con mucha pasión y rompí con mi vida, dejé el empleo en el hospital psiquiátrico, me fui de Francia: tenía la sensación de haber caído en una trampa. A través de Nietzsche me había vuelto ajeno a todas esas cosas» (p. 235).

En la presente edición son constantes las referencias a la Segunda Guerra Mundial, la Revolución rusa de 1917 y la Revolución de Octubre, pero sobre todo lo son a la Historia no como Historia ordenada en un conjunto de acontecimientos cronológicos y cifrados en nombres, fechas y datos, sino como una Historia de la Humanidad que radica en la relación entre el pensamiento y los sucesos, la filosofía y la acción. De ahí, en definitiva, la palabra -así empleada- que se repite en los títulos del propio Foucault: *Historia de la locura en la época clásica e Historia de la sexualidad 1, 2 y 3 (La voluntad de saber, El uso de los placeres, La inquietud de sí)*. Así, lo que Foucault propone es la unión del estudio de las ideas y de la sociedad: «Yo reacciono contra la ruptura existente entre la historia social y la historia de las ideas. Se supone que los historiadores de las sociedades describen la manera en que las sociedades actúan sin pensar, y los historiadores de las ideas, la manera en que la gente piensa sin actuar. Todo el mundo piensa y actúa a la vez. El modo de actuar y reaccionar de la gente está

ligado a una manera de pensar, y esa manera de pensar como es natural, ligada a la tradición» (p. 236). En este sentido, sus palabras guardan relación con su asignatura «Historia de los sistemas de pensamiento» y el modo, acorde con lo citado, en que la impartía, como así explicó en 1982 durante la entrevista de Rux Martin. Hablando de Historia, también resulta esencial «la historia de la verdad»: «no basta con hacer una historia de la racionalidad, hay que hacer la historia misma de la verdad. Es decir que, en lugar de preguntar a una ciencia en qué medida su historia la ha acercado a la verdad (o le ha vedado el acceso a ella), ¿no habría que decirse, mejor, que la verdad misma consiste en cierta relación que el discurso, el saber, mantiene consigo mismo, y preguntarse si esa relación no es o no tiene una historia?» (p. 49).

En relación a la sexualidad, tratada en este volumen in extenso, hemos de tener en cuenta que, efectivamente y tal como se muestra en *Historia de la sexualidad* y *Sexualidad*, Foucault expone la sexualidad, por una parte, de manera histórica, prestando atención al significado de Historia que comentábamos, y, por otra parte, de forma esencial, es decir, examinando la sexualidad no solo en una época o en varias, sino trazando una línea histórica de la sexualidad cuyo nexo no es tanto el tiempo en sí o el propio contexto como el desarrollo analítico de lo problemático desde la Psicología, la Literatura, la Política o la Filosofía. Así, por ejemplo, su estudio de la sexualidad no se reduce a dar cuenta de la relación entre hombres y muchachos de la Antigua Grecia, la estructura de moral, placer o belleza que iba implícita en sus grupos monosexuales o el absurdo de la comparación de esa época con otras desde una perspectiva lingüística y social restringida a la época desde la que se compara; ni tampoco se reduce a contar que entonces no tenía tanta relevancia la heterosexualidad y la homosexualidad porque no se trataban como tal y lo que se tenía en consideración era la cantidad de sexo y personas con las que se mantenían relaciones sexuales o el significado de la posición de sujeto pasivo como deshonor para un hombre libre. Lo que Foucault analiza no son tanto los hechos, sucesos, o consecuencias como el significado del cambio de los mismos y las conclusiones ciertas, atemporales, que condicionan o perpetúan el comportamiento de los hombres. Un ejemplo de esto se encuentra en su análisis de los tres polos del sexo en las distintas fórmulas que propone: «Si por conducta sexual entendemos tres polos que son los actos, el placer y el deseo, tenemos la “fórmula” griega que no varía en lo que se refiere a los dos primeros elementos. En esa fórmula los “actos” tienen un papel preponderante, mientras que el placer y el deseo son subsidiarios: *acto-placer-(deseo)* [...] En cuanto la fórmula china, sería *placer-deseo-(acto)*. El acto se deja a un lado, porque hay que restringir los actos para alcanzar el máximo de duración e intensidad del placer.

La “fórmula” cristiana, para terminar, pone el acento en el deseo en su intento de suprimirlo. Los actos deben neutralizarse; su único fin es la procreación o el cumplimiento del deber conyugal. El placer se excluye, tanto en la práctica como en teoría, lo cual da: (deseo)-acto-(placer). El deseo es excluido en la práctica —hay que hacer callar el propio—, pero en teoría es muy importante. Yo diría que la “fórmula” moderna es el deseo, que destaca teóricamente y se acepta en la práctica, porque hay que liberarlo; los actos no son muy importantes, y en cuanto al placer, ¡nadie sabe qué es!» (pp. 123-4).

En cualquier caso, más allá de un examen histórico de la sexualidad, en cierto modo teorizado en esquemas y conceptos, una de las aportaciones de Foucault estriba en su perplejidad ante la limitación que por una cuestión económica, política o social se produce en las relaciones personales: «Vivimos en un mundo legal, social e institucional donde las relaciones posibles son extremadamente poco numerosas, extremadamente esquematizadas, extremadamente pobres. Está, por supuesto, la relación de matrimonio y relaciones de familia, pero cuántas otras relaciones tendrían que poder existir, poder encontrar su código no en instituciones, sino en eventuales soportes [...] Vivimos en un mundo relacional que las instituciones han empobrecido considerablemente. La sociedad y las instituciones que constituyen un armazón han limitado la posibilidad de entablar relaciones, porque un mundo relacional rico sería en extremo complicado de manejar. [...] ¿Por qué no adoptaría a un amigo diez años menor que yo? ¿E incluso diez años más grande? En vez de destacar que los individuos tienen derechos fundamentales y naturales, deberíamos tratar de imaginar y crear un nuevo derecho racional que permitiera la existencia de todos los tipos posibles de relaciones» (pp. 116-7). En este sentido, quizá no venga mal observar la vigencia del empobrecimiento de las relaciones personales. Tal y como hemos visto en el último siglo, todas las luchas por la liberación sexual han sido no para salirse del dominador y controlador reconocimiento institucional, público o social, sino para ser reconocidos por ese poder y para encontrar la seguridad formando parte del mismo. Así, siguiendo las palabras del propio Foucault, ¿hasta qué punto las revoluciones sexuales pueden ser ya no una liberación sino una entrada en el «rebaño», como bien podría decir Nietzsche? ¿En qué medida los cacareados logros en materias de tolerancia y libertad, cifrada en una constante defensa que necesita ser debatida y en una clasificación de términos para designar a sujetos o relaciones, no son una violación de la intimidad y la naturalidad de las relaciones personales? ¿Por qué se exige que la tendencia sexual se haga pública y desinhibida, que la definición sexual o el tipo de relaciones que uno mantiene tengan que ser conocidas e incluso reconocidas en sociedad? ¿Qué relación hay entre el

reconocimiento de un tipo de relación y la posibilidad de que al margen de su reconocimiento pueda ser posible? Desde el momento en que existe la posibilidad de cualquier relación, ¿qué indica la revolución politizada en defensa de posibilidades que siempre habían existido? ¿Sigue existiendo la necesidad de aprobación o admisión de toda conducta sexual o las últimas revoluciones están siendo, en realidad, un intento de beneficio legal, financiero y social no tanto por parte de los poderes de control —que se aprovechan— como de los propios individuos?

Foucault, que fue y sigue siendo tildado de criptomarxista, irracionalista y nihilista, muestra en el presente libro, y sobre todo en las entrevistas, un camino biográfico, filosófico, histórico y político estimulante para todo aquel que desee realizar una aproximación total y no parcial a cómo la historia y el pensamiento conforman en la vida de los hombres un recorrido tanto individual como social, y cuya vinculación expone distintas posibilidades, ya sea la persecución de intereses o la búsqueda de la verdad, que hacen que las preguntas relevantes de esta edición no sean solo las de los entrevistadores, sino también todas aquellas que el lector se plantea a medida que va leyendo las respuestas de Foucault.